



LA RAÍZ DEL MAL... Y DE LA CURA

Philip Zimbardo: *The Lucifer effect: understanding how good people turn evil* (El efecto Lucifer: para entender cómo la gente buena se vuelve mala). Nueva York: Random House. 2008.

JOSÉ MALAVÉ

La humanidad ha presenciado con horror los acontecimientos ocurridos en la Alemania nazi, la Unión Soviética, la Revolución China e incontables dictaduras con sus secuelas de crimen y abuso. Hoy los venezolanos viven aterrados por la acción de bandas criminales, en casi cualquier ámbito de la sociedad, y presencian el cuadro dantesco que ofrecen las cárceles del país. ¿Qué lleva a tantas personas a cometer actos propios de seres malvados? ¿Cómo se explica que una persona buena haga maldades? Tal es el tema de este libro del psicólogo social Philip Zimbardo, basado en experiencias terribles: desde un experimento que dirigió en la Universidad Stanford hasta los hechos de la prisión de Abu Ghraib, y muchos otros casos reales. Recibido con elogios desde su publicación original en 2007, *El efecto Lucifer* constituye una guía indispensable para quienes están interesados no sólo en entender el complejo proceso por el cual una persona normal puede cometer actos atroces sino, además, en hacer algo para evitarlo.

El relato de la transformación del ángel favorito de Dios —Lucifer o «lucero de la mañana»— en el Diablo —por el doble pecado de rebeldía y soberbia— y la creación del infierno, adonde irían a parar los ángeles caídos y los humanos que cedieran a sus tentaciones, proporciona a Zimbardo una metáfora para entender la transformación de personas comunes y corrientes en malvadas, cuando pierden sus coordenadas morales. El infierno corresponde a lo que suelen hacer las sociedades con esas personas: excluirlas del contacto normal con otras personas.

¿Por qué ha dedicado Zimbardo sus esfuerzos a estudiar la psicología del mal? ¿Por qué ha dirigido su atención hacia actos de agresión, vandalismo, abuso, tortura? Su primera explicación la encuentra en el hecho de

haber crecido en un barrio —el Bronx de Nueva York— donde la supervivencia requería descifrar claves vitales (quién tiene poder, a quién evitar, con quién congraciarse, qué hace falta para pasar de seguidor a líder), crear obligaciones recíprocas y participar en ritos de iniciación. En ausencia de juguetes, lo esencial era tener con quien jugar. Algunos se volvían víctimas y otros victimarios. Algunos que parecían buenos terminaban haciendo maldades.

Pero la principal fuente de observaciones y preocupaciones que le llevaron a profundizar en este tema fue un estudio que diseñó y dirigió en agosto de 1971: el Experimento de la Prisión de Stanford. El experimento consistió en estudiar el comportamiento de un grupo de estudiantes en un ambiente que simulaba, del modo más realista posible, una prisión. El objetivo era evaluar el impacto relativo de factores internos (disposiciones) y externos (situacionales) en las transformaciones conductuales que ocurren en contextos novedosos. ¿Basta con decir que hay prisioneros sociópatas y carceleros sádicos para explicar todo lo que ocurre en una prisión?

Fueron seleccionados 24 estudiantes de un centenar que respondió a un aviso en dos periódicos locales, con la oferta de ganar quince dólares diarios por participar en un experimento durante dos semanas. La selección excluyó a personas que hubieran sido arrestadas por cualquier motivo y que sufrieran enfermedades físicas o mentales. Los seleccionados fueron sometidos a entrevistas profundas y evaluación psicológica. El grupo resultante estuvo integrado por jóvenes normales, sanos, con puntuaciones promedio en las dimensiones psicológicas evaluadas, de clase media, educados: un grupo homogéneo en muchos sentidos. Luego estos jóvenes comparables

e intercambiables fueron asignados al azar a las condiciones de prisioneros y carceleros. La pregunta era si, después de las dos semanas del experimento, seguirían siendo comparables e intercambiables. ¿Ocurriría algún cambio en su carácter o personalidad?

Según las reglas del experimento cualquier participante podía abandonar en cualquier momento. Además, ningún prisionero podía ser víctima de abuso o castigo físico. Sólo se quería crear una «atmósfera psicológica» que captara los rasgos característicos de una prisión: aburrimiento, frustración, cierto grado de miedo, arbitrariedad del sistema, falta de privacidad y libertad de acción, sensación de impotencia y pérdida de identidad (vestir uniformes y ser llamados por números). ¿Harían algo para recuperar un mínimo de individualidad, libertad, privacidad?

Las reglas para los carceleros se referían a mantener la ley y el orden, no dejar escapar a los prisioneros y nunca usar fuerza física contra ellos. Un sesgo del experimento era el énfasis en la psicología del prisionero, no en la del carcelero; sin embargo, los carceleros sufrieron la transformación más espectacular. Aunque el poder de los carceleros incluye usualmente la imposición de tareas arbitrarias y mecánicas, muy pronto sus abusos condujeron a una rebelión de los prisioneros, incluyendo rechazo del experimento e insultos al superintendente (Zimbardo), quien decidió no intervenir y observar los intentos de resistencia al orden. Se pudo apreciar una división de los prisioneros en rebeldes y «buenos». Finalmente, los carceleros sofocaron la rebelión y la usaron para justificar mayor control.

Los prisioneros crearon un comité de quejas y reclamos. Tres representantes se reunieron con el superintendente y presentaron su lista: abuso físico y verbal de los carceleros, innecesario

reseña

grado de hostilidad, comida inadecuada, carencia de libros, vasos y medicinas, necesidad de más de una noche de visitas y servicios religiosos. Uno de los prisioneros rebeldes se reunió con el superintendente y volvió con la noticia («falsa a medias») de que nadie podía salir del experimento cuando quisiera, lo cual produjo un efecto transformador en los prisioneros: de actuación a desesperanza.

Después de tres días, algunos carceleros no parecían estar actuando: asumieron la hostilidad y la actitud típica de un carcelero real. Ante la posibilidad de libertad prematura, con un «consejo de libertad bajo palabra» fingido, la mayoría de los prisioneros manifestaron su disposición a irse sin cobrar, a pesar de los sufrimientos padecidos, con tal de salir de aquel lugar. Aunque el grupo hubiera tenido que acceder, ninguno aprovechó la oportunidad para terminar el experimento. Al parecer se había operado una metamorfosis: de «soy un voluntario en un experimento, pagado y con todos mis derechos» a «soy un prisionero indefenso sometido a un sistema injusto y autoritario» (p.: 141).

¿Cómo terminó el experimento? A menos de una semana, cuando se había planificado para dos, el experimento fue abortado después de una fuerte discusión de Zimbardo con Christina Maslach, integrante del grupo de evaluadores externos invitados, doctora en psicología social de Stanford y profesora en Berkeley, con quien Zimbardo mantenía una relación personal. El comentario de Christina es elocuente: «Lo que sé es que finalmente Phil aceptó lo que estaba diciéndole, se disculpó por el modo como me trató y se dio cuenta de lo que había estado ocurriéndoles a él y a los demás en el estudio: todos habían asimilado un conjunto de valores carcelarios destructivos que los distanciaban de sus valores humanitarios. En ese punto, él

asumió su responsabilidad como creador de esta prisión y tomó la decisión de detener el experimento... Un gran peso se descargó de él, de mí y de nuestra relación personal (p.: 171)».

Nadie imaginó hasta dónde podrían llegar las cosas. En apenas cinco días los actos de abuso llegaron hasta la humillación sexual. Algunos carceleros se transformaron en ejecutores de maldades y otros en cómplices por su inacción. Algunos prisioneros sucumbieron a la presión de la situación y otros sobrevivieron como zombis. El reconocimiento de Zimbardo es también revelador: «Dejé claro que me sentí responsable personalmente por

sorprendente. Algunos, los «buenos» según la evaluación de los prisioneros, estaban contentos por la finalización prematura del experimento. Otros se quejaban por el dinero que dejarían de ganar en la segunda semana: «ahora cuando tenían la situación bajo control». Algunos pidieron perdón por los excesos, por su disfrute del poder, y otros justificaban sus acciones como necesarias para representar el papel encomendado.

El experimento terminó convirtiéndose en una metáfora poderosa de los efectos perjudiciales de situaciones y sistemas perversos. La tendencia a creerse invulnerable puede llevar a

La tendencia a creerse invulnerable puede llevar a una persona al borde del abismo, por no estar suficientemente en guardia contra tales efectos. Para evitar la caída es necesario reconocer que cualquier persona puede ser «infectada» por reglas que crean realidades que ponen en jaque las barreras morales

no haber intervenido en varias ocasiones durante el estudio, cuando el abuso era extremo. Había tratado de contener la agresión física, pero no había actuado para modificar o detener las otras formas de humillación cuando debía hacerlo. Fui culpable del pecado de omisión —el mal de la inacción— por no ejercer adecuada supervisión y vigilancia cuando fueron requeridas» (p.: 181).

¿Qué pasó con los estudiantes? Zimbardo observó «una curiosa mezcla de alivio y resentimiento» entre los prisioneros después de su liberación. El principal problema era la vergüenza que sentían por haber asumido aquel papel de sometidos: necesitaban recuperar su dignidad. Como era de esperarse, algunos mostraron su rabia contra los carceleros, por los excesos que cometieron. El caso de los carceleros muestra un cuadro diferente y

una persona al borde del abismo, por no estar suficientemente en guardia contra tales efectos. Para evitar la caída es necesario reconocer que cualquier persona puede ser «infectada» por reglas que crean realidades y papeles que crean barreras morales, dentro de las cuales un buen esposo puede entregarse sin remordimiento al adulterio o un cura piadoso a la pederastia. El caso de Zimbardo ilustra las transformaciones de profesor comprensivo a investigador concentrado en los datos e, incluso, insensible superintendente de prisión.

Queda aún por dilucidar el problema ético en este experimento. ¿Puede justificarse el sufrimiento padecido por los participantes? Zimbardo reconoce que, desde un punto de vista «absoluto», de principios estrictos, el experimento no es defendible éticamente; de hecho, después de casi



EL ÉXITO ES SER UNO MISMO

JAN MOLLER

Ediciones



0212-555.42.63
edies@iesa.edu.ve

Si todo ser humano desea una vida de bienestar y felicidad, ¿por qué hay tanta insatisfacción? ¿Estamos condenados a ser testigos del declive de nuestra calidad de vida, o podemos erigirnos en promotores de cambios profundos, tanto en nuestro contexto personal como en nuestro entorno colectivo? Con una lógica irrefutable, Jan Moller expone sus «interpretaciones del misterio». Poco menos que imposible no identificarse con las situaciones planteadas en este libro.

cuarenta años sigue sintiéndose culpable y ofreciendo excusas por el sufrimiento ocasionado. También ofrece una larga revisión de los controles y la vigilancia externa a la que fue sometido el experimento, el seguimiento de los participantes después de muchos años (en busca de secuelas de su vi-

castigo o, en último caso, ejecución. Ahora bien, si la causa del problema está en la situación o el sistema, no sólo en el individuo, tales programas no aportarán la solución.

Tal cambio de enfoque requiere un profundo cambio de creencias: dejar de preguntar «quién» lo hizo

de trabajo. Al concentrar la atención en las manzanas se dejan de lado el barril y sus efectos dañinos.

Zimbardo define la maldad como una conducta intencional que daña, abusa, humilla, deshumaniza o destruye a personas inocentes; pero también como el uso de autoridad o poder para promover o permitir que otros se comporten de tal modo. Al encarar diversas formas de maldad —genocidio en Ruanda, masacres en Vietnam, campos de concentración nazi, torturas en todo el mundo, abuso sexual, fraude financiero— es esencial preguntarse: ¿lo haría yo también? La mayoría de las personas se esconde tras «sesgos egocéntricos», los cuales generan la ilusión de que son especiales y nunca caerían en tales bajezas. Para comenzar a desvelar tales sesgos es útil hacerse preguntas como las siguientes:

1. ¿Cuán bien te conoces realmente, cuáles son tus fortalezas y debilidades?

2. ¿Viene ese conocimiento de tu experiencia en situaciones familiares o en ambientes completamente nuevos donde tus hábitos son puestos a prueba?

3. ¿Cuán bien conoces realmente a las personas con quienes interactúas diariamente (familia, amigos, colegas, amante)?

A lo que apunta Zimbardo es a un tratamiento «incremental» del mal, en lugar de la lógica binaria usual de buenos y malos. Cualquiera es capaz, según las circunstancias, de hacer una maldad. La maldad es un atributo, como la inteligencia, el orgullo o la honestidad, que la gente tiene en mayor o menor grado. La gente puede adquirir cualidades por el aprendizaje o por una intervención externa; puede volverse buena o mala, independientemente de su carga genética, personalidad o antecedentes familiares.

El autor deja claro que entender los efectos de la situación o el sistema en la conducta no excusa o absuelve a la persona de su responsabilidad. La gente puede actuar de manera consciente para combatir una influencia, la seducción de un líder o las tácticas de control mental. En tal sentido, el libro contiene un mensaje positivo: al entender cómo opera la influencia social y reconocer que cualquiera puede ser vulnerable a ella, es posible desarrollar estrategias de resistencia y combatir las tentaciones que se presentan en una situación.

La maldad es un atributo, como la inteligencia, el orgullo o la honradez, que la gente tiene en mayor o menor grado. La gente puede adquirir cualidades por el aprendizaje o por una intervención externa; puede volverse buena o mala, independientemente de su carga genética, personalidad o antecedentes familiares

vencia) y los beneficios que aportó el estudio (incluso a los participantes). Pero, ¿puede aún justificarse éticamente el experimento?

El filósofo Peter Singer aportó un criterio sencillo para el razonamiento ético: puede decirse que alguien sigue principios éticos cuando intenta, al menos, justificar sus acciones. Ahora bien, no vale cualquier justificación; en particular, si se refiere a los beneficios que recibe el individuo por sus acciones. Una justificación admisible requiere que se beneficie la mayor cantidad posible de personas; es decir, el punto de vista ético implica, para Singer, un punto de vista universal, como el de un «observador imparcial». ¿Puede justificarse un experimento en el cual alguien haya padecido algún sufrimiento? Para que la justificación sea admisible, ¿son suficientes los conocimientos obtenidos y sus potenciales aplicaciones en beneficio de la humanidad? Esta es una discusión inconclusa, afortunadamente.

Zimbardo se propuso atacar las explicaciones tradicionales de las fallas humanas, basadas exclusivamente en factores internos (disposiciones, personalidad, carácter); como si hacer el mal fuera el simple producto de una decisión individual, libre y racional. Por ello plantea la necesidad de hacer «un análisis tripartito de la acción humana»: (1) lo que trae cada actor al escenario, (2) lo que sacan de ese actor las fuerzas de la situación y (3) lo que impone el sistema que crea y mantiene esa situación. El enfoque individualista tradicional —la persona como pecadora, culpable, demente o irracional— conduce a programas de cambio individual basados en un modelo clínico: rehabilitación, terapia,

para, más bien, indagar «qué» pudo haberle llevado a actuar como lo hizo. Hay una larga historia de mecanismos institucionales destinados a crear y configurar situaciones en las cuales se atribuye a ciertos individuos la causa del mal. Zimbardo menciona como ejemplo el mecanismo que instituyó la caza de brujas, con base en el libro *Malleus Maleficarum* (o *Martillo de las brujas*) publicado en 1486: el manual de los inquisidores para identificar, perseguir y eliminar a las brujas, concebidas como agentes del mal. Este mecanismo se convirtió en un modelo para la justificación y el desarrollo de procedimientos sistemáticos de tortura, o «tratamiento», dirigidos contra los sospechosos de algún delito durante los siglos posteriores.

Un ejemplo más cercano es la creación de enemigos mediante la propaganda. La construcción psicológica del enemigo se inserta en lo profundo de las mentes de las personas, mediante estereotipos y percepciones deshumanizadas: el otro es despreciable, poderoso, demoníaco, un monstruo, una amenaza. El resultado es que no sólo los soldados sino también personas comunes y corrientes pueden actuar de manera irracional, violenta o destructiva, hasta el extremo del genocidio.

La expresión popular «separar las manzanas buenas de las malas» ilustra la lógica de algunos sistemas; por ejemplo, tratar como excepciones las conductas ilegales o inmorales de policías o soldados. Pero la distinción entre las manzanas es hecha por los encargados del sistema, para aislar el problema y desviar la atención de los responsables de la falta de supervisión o de crear o mantener ciertas condi-

reseña

Este es un libro escrito no sólo con dominio de una disciplina científica (la psicología social) y habilidad literaria, sino también con candor. El autor muestra su perplejidad, sus errores y omisiones, ante hechos terribles, pero también sus esfuerzos por entender y explicar tales hechos, y su optimismo para buscar soluciones. A diferencia de los informes usuales que presentan resultados de investigaciones, el libro se lee como un relato con intriga suficiente para mantener atrapado al lector. Aparte del extenso recuento y análisis del Experimento de la Prisión de Stanford, el libro incluye excelentes exposiciones de grandes temas de la psicología social, para explicar las fuerzas que dan forma a las situaciones y sus efectos perversos: poder, conformidad, obediencia, deshumanización, inacción e indiferencia. Además, presenta un análisis de los horrores descubiertos en la prisión de Abu Ghraib en Irak: los abusos cometidos por la policía militar estadounidense que escandalizaron al mundo, cuando se dieron a conocer fotos y videos en abril de 2004. Este material permite aplicar, en un ámbito diferente, las ideas acerca del poder de las situaciones y los sistemas.

El capítulo final ofrece una luz para la búsqueda de salidas al laberinto del mal: la cura después de haber escarbado en la raíz. Zimbardo espera que su libro contribuya a superar el error de atribuir a las cualidades internas de las personas la fuente principal de sus acciones, sin prestar atención al poderoso impacto de las situaciones y los sistemas que configuran los ámbitos sociales en los cuales se desenvuelven. Aunque entender tales factores externos no excusa las malas acciones, tampoco basta con castigar a los culpables. Es necesario actuar para alterar las condiciones que conducen a las conductas inaceptables.

Zimbardo expone en detalle ha-

lazgos, teorías y experimentos mentales, incluido un programa de diez pasos para hacer frente a las influencias, con el fin de mostrar que la especie humana es capaz de entender la dinámica social y usar ese conocimiento para mejorar su vida. Discute también la posibilidad del heroísmo. Cuando una persona lleva a cabo uno de esos actos especiales, que pueden calificarse de heroicos, y recibe reconocimientos y felicitaciones, lo usual es que diga algo como lo siguiente: «Cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo».

Así como las fuerzas de la situación —presiones de grupo, identidad de grupo, dispersión de responsabilidad, presencia de modelos sociales, compromiso ideológico— pueden hacer que una persona cometa abusos, también pueden conducir a actos heroicos

¿Es simple modestia? Quizá, dice Zimbardo, hay algo más: una concepción errada del heroísmo que lo reduce a seres sobrenaturales y excluye a la gente común. Más aún, el heroísmo no ha sido objeto de investigación sistemática en la psicología. Un aporte más de este libro es una revisión de trabajos pioneros, diversas definiciones, perfiles de héroes en diversos contextos, una taxonomía del heroísmo e incluso un modelo de cuatro dimensiones para ubicar a los héroes.

A la noción tradicional del héroe como alguien excepcional, Zimbardo opone otra: los héroes son personas ordinarias que hacen algo extraordinario. Esta noción, terrenal, dirige la atención hacia la relación del individuo con su circunstancia. Así como las fuerzas de la situación —presiones de grupo, identidad de grupo, dispersión de responsabilidad, presencia de modelos sociales, compromiso ideológico— pueden hacer que una persona cometa abusos, también pueden conducir a actos heroicos. Aunque los actos he-

roicos siguen siendo especiales y poco frecuentes, la buena noticia es que no se necesitan condiciones personales especiales y raras. Si bien se requiere heroísmo para resistirse a las fuerzas que engendran el mal, o combatirlas, cualquiera puede ser héroe, siempre y cuando esté alerta a las circunstancias en que se encuentra.

La moraleja de esta historia es que cualquier persona puede verse llevada a comportarse de maneras que, en otra circunstancia, habría condenado. Lo más inquietante es que en la

vida cotidiana —no sólo en el contexto terrible de una prisión— una persona puede ser seducida por poderosas fuerzas que le induzcan a violar estándares éticos y, en consecuencia, afectar el bienestar de otros. Asumir una posición de superioridad moral —«Yo no soy ese tipo de personas»— puede resultar peligroso. La persona se estaría engañando, dejaría de estar alerta a las presiones del entorno y correría el riesgo de cometer actos injustificables o ser indiferente al sufrimiento de otros, o a las cosas malas que otros hagan. Esta enseñanza es particularmente pertinente para quienes, en los ámbitos público o privado, ocupan posiciones que les hacen responsables del manejo de recursos y de decisiones que afectan las vidas de muchas personas. ■

José Malavé

Profesor del IESA y editor de *Debates IESA*



¿TESOROS O BOMBAS DE TIEMPO?

WILLIAM EASTERLY, GUSTAVO GARCÍA OSÍO Y DAVID YURAVLIVKER

Ediciones



0212-555.42.63
edies@iesa.edu.ve

Colombia, Ecuador y Venezuela comparten una historia común. Sin embargo, con el paso del tiempo han ido perfilando sus propias tendencias ideológicas y de interacción con la comunidad internacional. En este libro, tres reputados académicos estudian, a la luz de un novedoso enfoque conceptual, el desempeño macroeconómico y financiero de estas tres naciones democráticas entre los años 1980 y 2000. Las lecciones extraídas, dada su inquietante relevancia, son de obligatoria lectura.